

“EN EL UNO, SEAMOS UNO”

Eucaristía de acción de gracias por la elección de León XIV
Catedral Metropolitana, 18 de mayo de 2025

Queridos hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

Bienvenidos, queridos hermanos y hermanas a esta celebración que quiere ser ante todo de acción de gracias a Dios por el don del nuevo Pastor que ha dado a su Iglesia en la persona de León XIV. Sí, el Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres.

Con nuestra presencia queremos manifestar, también, nuestra plena comunión con el nuevo Sucesor de Pedro. Él, como Pedro, ha recibido la delicada misión de confirmar a sus hermanos en la fe (*Lc 22, 32*); Él tiene el poder de atar y desatar (*Mt 16, 19*); Él ha recibido el carisma de mantener unida la Iglesia en estos momentos delicados y complejos en los que afloran divisiones causadas muchas veces por ideologías contrapuestas. Como él mismo dijo a los Cardenales en la primera Eucaristía celebrada en la Capilla Sixtina al día siguiente a su elección, Él ha sido llamado a cargar con una cruz que ciertamente es pesada y por eso, con la humildad que le caracteriza pidió que caminásemos con él. Él es el “dulce Cristo en la tierra” (Santa Catalina de Siena), y sabemos que caminar con León XIV es caminar con Pedro y caminar con Pedro es caminar con Jesús, por eso nosotros, personalmente y como Iglesia que peregrina en Mérida Badajoz, le abrimos las puertas de nuestro corazón y le prometemos “obediencia y reverencia” (san Francisco), más allá de las etiquetas que ya le quieren poner. Para nosotros antes Pedro tomó el nombre de Juan Pablo II, luego de Benedicto, ayer el de Francisco, hoy, el único Pedro, es León XIV.

Me parece muy significativo el lema que escogió como obispo y que mantiene como Papa: “En el que es Uno, seamos uno”. ¡Cómo resuenan en nosotros aquellas palabras que tanto repetía nuestro querido papa Francisco en *Fratelli tutti*: “Caminemos juntos, trabajemos juntos, soñemos juntos”. Y es que sólo “juntos” podemos testimoniar al que es el verdadero vínculo de la unidad entre los creyentes: Cristo. Divididos nunca podremos dar testimonio de aquel que oró para que fuésemos uno, como Él y el Padre son uno. Es el único camino para que “el mundo crea que el Padre ha enviado a su Hijo (*Jn 17, 21s*). La imagen de la unidad y de la comunión es la imagen que nos ha dejado la Iglesia primitiva en la que los primeros discípulos “perseveraban en la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” (*Hch 2, 42*), y todos “tenía un solo corazón y una sola alma” (*Hch 4, 32*)

Por otra parte solo unidos podremos enfrentarnos a los grandes retos que tenemos a nivel de la evangelización. León XIV es bien consciente que vivimos en un contexto social en el que para muchos “la fe cristiana se reduce a lo absurdo, y creer es algo para personas débiles y poco inteligentes”. Si es verdad que los cristianos no podemos renunciar a proponer el Evangelio también en contextos “donde se ridiculiza al que cree, y se le desprecia, o a lo sumo se le soporta y compadece”, hemos de unir fuerzas y no dejarnos llevar por ideologías que nos hacen perder de vista que, como nos recuerda Pablo (cf. *1Cor 1, 12-13*) no hemos sido bautizados en nombre de Apolo, de Pablo o de Pedro, sino de Cristo. Hemos de ser bien conscientes que Cristo no está dividido y que ni Pablo, ni Apolo, ni Pedro han sido crucificados por nosotros, sino solo Cristo.

Permanezcamos unidos a Cristo, como la vid a los sarmientos (cf. *Jn 15, 1-17*) y Él posibilitará que permanezcamos unidos respetando y dejándonos enriquecer por la diversidad. No levantemos nunca barreras entre nosotros, pues ello sería levantar barreras entre Jesús y

nosotros. Seamos puente entre nosotros los creyentes y de nosotros con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, porque “una Iglesia que no es puente no es la Iglesia de Jesús”. Y recordemos que no somos poseedores de la verdad, que todos formamos parte de los “buscadores de la verdad”, todos estamos llamados a encontrarnos con la comunidad de los que buscan, de aquellos que se declaran a sí mismos y a los otros, caminantes que aspiran al Uno. Es en Él donde encontraremos la verdad pues solo Él puede decir: “Yo soy la verdad” (Jn 14, 6).

“Nuestro corazón anda siempre inquieto”, dice Agustín (*Conf. I, 1*). Ese agitado corazón habita por naturaleza en cada ser humano y solo será aliviado, considera el Santo de Hipona, por la aspiración al Uno, ya que como decía Rosalía de Castro: “No, no pude acabar lo que es eterno/ ni puede tener fin la inmensidad”.

Haciendo referencia siempre a San Agustín, bien podemos afirmar que el alma no se apacigua con la superfluidad, con lo urgente, con la velocidad. Hemos de preocuparnos por nuestra incapacidad de detenernos, de cultivar nuestra interioridad, de mirar las cosas y las personas en profundidad. Por ello nuestro corazón sigue inquieto. Y es que solo se halla serenidad al dar con la señal de la fragilidad compartida, que es fuerza. Compartamos camino con el Papa León XIV y con todos los miembros que peregrinamos en esta Iglesia particular de Mérida-Badajoz. Mirémonos a los ojos y nos convenceremos que tú y yo aspiramos al Uno y nos necesitamos unos a otros. Pablo nos lo dice con estas hermosas palabras: “Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu, hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos” (1Cor. 12, 4). “Todos hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Todos hemos bebido de un solo Espíritu” (1Cor 12, 13). Mientras el Espíritu crea siempre unidad, es el diablo (*diabolos*) el que mete en nosotros el veneno de la discordia (cf. *Hch 2, 1-11*).

Mayo, mes de María. A ella encomendamos a nuestro nuevo Pastor y su pontificado.
Fiat, fiat, amen, amen.